

EL CONOCIMIENTO DE LA SOCIEDAD EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

CELSO SÁNCHEZ CAPDEQUÍ
Universidad Pública de Navarra

Resumen: Este trabajo analiza las claves del conocimiento en la sociedad líquida. Se centra en las modificaciones del mismo en una sociedad que lo limita a la búsqueda de nuevos recursos y aplicaciones en el horizonte digital y sometido a la lógica del mercado que impone su criterio con el nuevo sello de garantía, la innovación. Se trata, por tanto, de recuperar un modelo de conocimiento que, además de conocer lo novedoso y lo sorprendente, se detenga en lo que perdura y se estabiliza, en concreto, los principios rectores de un modelo de vida digitalizado en cuya gelidez no hay testimonio de dolor, sufrimiento e injusticia.

Es de dominio público que la llegada de la modernidad al escenario histórico alteró profundamente el marco de la convivencia humana dibujado hasta esa fecha. Dentro de los cambios, uno de los más significativos incidió en el momento utópico situado ahora en el tiempo histórico. En un marco acumulativo, irreversible e inexorable el flujo de los acontecimientos auguraba la esperanza de la reconciliación entre los humanos bajo expresiones como la revolución, el progreso, el mercado, el espíritu. El “antropocentrismo” de nuevo cuño que define a esta fase de la singladura humana desplaza la atención de la sociedad hacia dominios de la inmanencia regidos por una determinación que vence y doblega a cualquier intento de los actores sociales por interferir en el devenir inexorable de la historia. Este marca la pauta y la agenda de la experiencia social naciente.

El propio conocimiento de la época, sin concesiones ante cualquier expresión de trascendencia, descansa en el nuevo soporte de cientificidad con el que la modernidad quiere abrirse camino hacia lo desconocido con solvencia y garantías y, al mismo tiempo, despojar a la humanidad de cegueras, supers-

ticiones y prejuicios de antaño. El esperanzador edificio científico establece sus pautas rectoras sobre la base de una continuidad histórica a través de la cual sus nuevos métodos y estrategias ajustadas a los hechos han de garantizar un conocimiento exhaustivo de las cosas y un dominio definitivo de la realidad. Hasta la aparición de la obra de T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*¹, a mediados del siglo pasado, esta idea del conocimiento científico basada en la revelación progresiva y acumulativa de los enigmas del mundo conservó su hegemonía. Este modelo era especialmente idóneo para la actividad de la ciencia natural que atiende a un objeto de conocimiento, la naturaleza, definida por cursos inexorables no susceptibles de intervención humana.

Sin embargo, ya a fines del siglo XIX, en un entorno como Alemania, impregnado por una experiencia histórica como la revolución religiosa y, de su mano, la contingencia del juicio individual y el libre examen, M. Weber, en el marco del debate epistemológico en torno a las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*) y las ciencias naturales (*Naturwissenschaften*), afirma algo que, a pesar de las resistencias ofrecidas en el espacio de las ciencias naturales, se va abriendo paso en las ciencias sociales y por obra de las ciencias sociales: el conocimiento (social) es *aproximativo*, cursa por *acercamientos* a una realidad dinámica y contingente que se escapa de las manos, que transgrede cualquier intento del concepto de reducir su complejidad abundante. Esta tesis incomoda al incipiente entorno intelectual del momento porque revela la impotencia del conocimiento científico para dominar el curso de las cosas y las ensoñaciones de un actor moderno que pretendía dilatar su potencial cognitivo hasta el infinito.

No en vano el propio Weber afirma que la tarea del científico social echa raíces y sólo es comprendida desde el seno de una tradición histórica, que el hombre de ciencia es *agente de cultura* y que, por tanto, en la medida en que está *situado* en el tiempo histórico, tradiciones y contextos sociales, no le es dado, como a Dios, conocerlo todo. Medio siglo después de estas afirmaciones T. Kuhn refrenda esta tesis con la categoría (ya auspiciada por Merton) de *paradigma* de la que se sirve para enmarcar la actividad de las comunidades científicas dentro de un conjunto de visiones y supuestos compartidos. Sin olvidar, además, que con ella avala un mayor protagonismo de la sociología, a menudo acomplejada ante la autoridad incontestable de las “ciencias duras”, ya que su mirada analítica *contextualiza* a los científicos en entornos lingüísticos y *problematiza* la sacrosanta idea de progreso en el devenir científico.

Toda vez que la idea de un conocimiento omniabarcante, totalizador y definitivo de las cosas sociales es más un sueño que otra cosa, en el terreno de la sociología, sin suplantarlo a la conceptualización necesaria para designar, localizar y organizar los hechos, se ha abierto paso otro tipo de recursos cog-

¹ KUHN, T., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F.C.E., 1985.

nitivos que, ante todo, tienen vocación de glosar la realidad sin agotarla: las metáforas y las imágenes. De su mano la sociología realiza su tarea de seguir la pista a ese curso magmático, cambiante y dinámico que es el proceso social. Estudia sus cristalizaciones concretas (economía, religión, cultura) y, con ellas, atisba las tendencias que traza en un momento determinado. A caballo entre el presente en el que vive y el futuro hacia el que apunta, entre un ahora en el que se anuncia borroso y un mañana en el que ha de consumarse, el curso de los acontecimientos se vislumbra a partir de metáforas como la biología, la geometría, la línea recta, el círculo, que captan de un brochazo lo tenue, lo heterogéneo y lo cambiante de los hechos sociales.

De igual modo, los modelos sociales vigentes tienen su metáfora: *lo líquido*. Promovida de manera expresa por Z. Bauman en su libro *La modernidad líquida*², esa imagen evoca el deterioro de una primera fase de *la modernidad sólida* que edificó una propuesta de sociedad a partir de un orden compacto, uniforme, diferenciado en funciones y gestionado por el papel rector del Estado. En éste se centran las esperanzas de los actores en habitar un mundo despojado de sorpresas y contingencias y sometido a inercias y rutinas garantes de previsión. La metáfora de lo líquido, por el contrario, se aproxima al palpito simbólico de una época transida de vibración tecnológica y expresión digital, que habita en la frontera entre lo firme y lo lábil, vive en *un tiempo real* los intercambios sociales en el nuevo arco de la globalidad y atisba provisionalidad en lo más compacto. Se trata de un dibujo que refiere a una sensibilidad epocal marcada por la aceleración de los biorritmos sociales, por las dificultades de los actores para edificar orden y sentido en unas biografías surcadas por las urgencias, las discontinuidades y por el deterioro de las estructuras de protección (estado, familia, trabajo) que tiempo atrás concedían seguridad a las vidas individuales.

Además de este componente evocador que ilustra el incipiente contexto social, lo líquido también abre zonas de reflexión social. No en vano dispone de un irresistible potencial de seducción escondido en el cúmulo de puertas entreabiertas, desafíos estimulantes e inicios constantes que despierta el flujo renovador. El estar viviendo a cada momento en mundos distintos y cambiantes, el poder experimentar varias vidas en una identidad que sólo conoce de sí su destino cambiante, el “viajar” a otras latitudes e intimidades sin desplazarse físicamente, las luces deslumbrantes de la oferta mediática, la omnipresencia del cableado tecnológico que permite dilatarnos sin límite, son ejemplos de una mirada social adaptada al medio líquido en el que vive al permitir un trato lúdico y experimental con el mundo. La metáfora de lo líquido remite a un modelo de experiencia en el que podría ser posible vivir sin límite, en ausencia de normas y controles, expandiéndose hacia territorios ignotos y dignos de conocerse.

² BAUMAN, Z., *Liquid Modernity*, Londres, Polity Press, 2000.

Así las cosas, la mirada social, por los peligros que esconde y por el disfrute que promete, se ensimisma con el entorno cambiante que habita hasta concederle vida propia. Corresponde al perfil del *espectador*, del *homo videns*, que vive *en la espera, esperando* en contacto con la pantalla (de las múltiples que le rodean) una avalancha de estímulos que le incitan a un hiperactivismo estéril y reproductor de los vicios que esta civilización esconde tras los teclados y las redes. Se trata de una visión atenta a lo que viene, a lo que se anuncia, a lo que va a romper por algún lado, a lo repentino. La fuerza y la contundencia de sus apariciones dejan exhaustos a los actores en sus gestos de readaptación constante a la novedad que abren. Lo que importa son los cambios que se anuncian y lo que se olvida o se infravalora, las causas, los principios y los agentes de los mismos. El interés se centra en los cambios y no en las condiciones que los explican y que *perduran tras ellos*.

La sociedad ha sido seducida por el brillo de la metáfora sin atender a sus sombras. El acento se ha puesto en las virtudes y ventajas de los contenidos cambiantes que anuncia pero no en el cambio mismo y en sus razones y condiciones. La omisión de esta pregunta abre la puerta a cambios y a cursos sociales dirigidos e ideados por agentes y voluntades desconocidas o, sin más, no dirigidas e ideadas por nadie (que tal vez sea peor). Esto explica un hecho de mayor gravedad aún. Ya no sólo una corriente mayoritaria de la sociedad sino que también la comunidad de especialistas e investigadores del conocimiento social se han visto hechizados por esta imagen jugando a la peligrosa idea de que el conocimiento de la sociedad se reduce, en última instancia, al conocimiento del horizonte tecnológico, cargado de sorpresas, innovación y sofisticación deslumbrante.

1. LOS NUEVOS PERFILES DEL CONOCIMIENTO

En el actual estado de cosas basado en el dispositivo tecnológico que condiciona en una gran parte el diseño de las agendas individuales y colectivas, la propia noción del conocimiento ha ido basculando hacia las posibilidades creativas y exploratorias que se esconden en él. La tarea del conocimiento acontece en el intercambio entre el usuario y la pantalla. No hay otro (cosa o agente social) al que conocer. El objeto surge en la propia búsqueda sin una carta de navegación previa. Tiene lugar intramuros a la red. No hay noticia del mundo. Ni de sus habitantes y de las relaciones entre ellos. Por ello se necesitan usuarios capaces, en primer lugar, de aprender y adquirir un lenguaje y, con él, construir nuevas realidades y desvelar los secretos mejor guardados del tesoro digital.

El universo virtual reclama descaro y audacia. Alberga un inabordable número de posibilidades de información, búsqueda, contacto e intercambio, un sinfín de oportunidades para transformar la entraña y la piel de su vasta realidad y la del tejido social. No se percibe propósito ni continuidad en el conjunto de hallazgos virtuales. Son productos del azar y de la búsqueda

individualizada. La sociedad del conocimiento transforma el conocimiento digital en el nuevo paradigma de la tarea cognitiva. A su exploración, innovación y aplicación dedican las universidades y los centros de investigación su capital humano, económico y técnico. Su cometido tiende a desentrañar las aplicaciones múltiples que se esconden en ese océano insondable. El conocimiento de nuevo cuño se centra en la experiencia creadora y aplicada que se encuentra en manos de los usuarios que se sienten estimulados con el desafío antes reservado para una minoría selecta, la de los creadores.

El conocimiento constituye la capacidad y el nuevo destino de la época que aboca a los actores a convertirse en creadores, a buscar de continuo nuevas posibilidades técnicas que duermen en el universo digital. En esta tesitura de tener que ir adquiriendo destrezas digitales, el nuevo diseño del conocimiento ofrece rasgos muy peculiares que se corresponden con el tono de la época. En principio poco tiene que ver tanto con la línea recta que anunciaba un final definitivo colmado de conocimiento, como soñaba el Fausto de Goethe, en el horizonte de un progreso humano liberado de los corsés divinos, como con la metáfora de los círculos recurrentes de las ciencias sociales, que obligan a resituar cada proceso investigador en la actualidad del tiempo histórico y abocan a los investigadores a experiencias de conocimiento nunca concluyentes.

Se trata de un conocimiento que no atiende ni a las cuestiones de los principios, a las condiciones sociales, económicas y políticas que dan amparo al devenir digital globalizado, ni a los fines concretos que otorgan sentido al mismo. *Da por supuesto* el hecho digital con toda su carga de sofisticación, *da por supuesto* que con él se puede hacer cosas. Pero además de eso, no se interroga acerca del para qué, los ideales y las necesidades a las que puede responder. Básicamente no responde a nada, no se cuestiona por las condiciones que lo hacen posible, ni por sus posibles contribuciones al bienestar social, simplemente busca, hurga, experimenta. No existe un cometido a su fluidez inacabable, no existe una intención de un conocimiento mejorado o más aproximado a los hechos sociales. Se trata de un fin en sí mismo centrado en *el aprender a aprender*, a desentrañar los entresijos de los secretos digitales escondidos y prestos a cobrar presencia.

En el conocimiento que se privilegia en la modernidad líquida se diluyen por la fuerza de la corriente los elementos que han definido el ejercicio del conocimiento en la modernidad. Uno de ellos, es el sujeto cognoscente, que en el proyecto moderno se reivindica en su condición de tal como artífice y transmisor de conocimiento desde el momento en que, de puro saberse influido por las atmósferas sociales en las que vive, da cuenta de *los condicionamientos* de la actividad cognitiva. Sin embargo, en la sociedad del conocimiento el sujeto omite la cuestión de los condicionamientos, no se cuestiona las relaciones y los procesos que promueven la existencia de la trama digital ni las desiguales oportunidades para situarse y operar en y desde ella. Efectúa su búsqueda bajo un silencio conmovedor ajeno a tensiones, conflictos y

antagonismos. Sin lance social. En él no hay testimonios ni rastro de dolor, sufrimiento o injusticia. Esto supone un conocimiento demasiado *sólido*, que apunta a objetivos concretos determinados, en concreto, las causas sociales que explican el hecho social y sus desajustes.

Además, en segundo lugar, no se conoce un objetivo ni un valor concreto que ponga fin y justifique socialmente a la tarea de conocimiento. No se sabe qué es lo que hay que conocer, de antemano se ignora el sentido, la dirección y la finalidad de esta tarea. También su hipotético valor. De algún modo, conocer es su propio valor entendido como un proceso que devora rápidamente a sus criaturas en busca de otras experiencias de conocimiento igualmente desafiantes. No existe un cometido exterior a la propia experiencia cognitiva. Se trata más que de un experimento, de una experiencia que tiene mucho de desafío, reto, juego, ensayo. No existen guías ni cartografías. Si acaso, se descubren en el curso del acontecimiento cognitivo y se abandonan tras él porque no sirven como canon o norma para experiencias futuras.

De algún modo, se trata de una experiencia que puede realizarse sin contacto con los demás, en absoluta soledad, en ausencia de mundo público y a partir de monólogos virtuales. La comunidad científica no es necesaria porque no hay que avalar metodológicamente una determinada práctica científica. El propio descubrimiento de un recurso tecnológico inédito ya es el valor con independencia de sus aplicaciones futuras. Su aval es su resultado. Por ello, los posibles semáforos reguladores del tráfico virtual no tienen sentido. No en vano el flujo digital que permite la indagación constante no los necesita, antes bien, los repudia porque restan maniobrabilidad a su insaciable deseo de libertad de movimientos.

Por último, en este ejercicio de conocimiento científico no aparece una meditación expresa acerca de las posibles consecuencias de los hallazgos de la vida social, algo especialmente peligroso en un medio ajeno a cualquier tipo de control metodológico y ético. Los usuarios experimentan ese mayor grado de libertad y permisividad, porque, en ausencia de controles, es digno de realización tecnológica todo aquello que la red promueva sin atender más allá de su realización misma.

Se trata, por tanto, de un vasto territorio en el que las posibilidades y los hallazgos se multiplican al transitarlo. Consiste en un contexto que se altera con las operaciones cognitivas de los actores, que renace con ellas. Algo así como en un texto, que más que repetir, se recrea. El conocimiento ya no es acumular, sino descubrir, ya no es repetir, sino aportar. De algún modo, alienta la dimensión creativa de los usuarios, que ya no se limitan a reproducir las palabras de la autoridad en el saber. Se trata de un escenario sin jerarquías en el que se pueden hacer las cosas a partir de la pericia y la persistencia de sus usuarios. En palabras de una de las voces más autorizadas sobre el particular, "la difusión de la tecnología amplifica infinitamente su poder al apropiársela y redefinirla sus usuarios. Las nuevas tecnologías de la informa-

ción no sólo son herramientas que aplicar, sino procesos que desarrollar. Los usuarios y los creadores son los mismos. De este modo, los usuarios pueden tomar el control de la tecnología, como en el caso de Internet”³.

Y todo ello sin límites y sin semáforos. En principio, en el medio líquido que lo baña se anuncia una auténtica aventura para los individuos en lo que todo *lo que es posible hacer puede hacerse*. La liquidez que lo preside vence cualquier resistencia. Básicamente, porque no la hay. No se conocen diques, canalizaciones ni muros de contención. No frecuenta los códigos reguladores del tráfico. Faltan por inventarse sin garantía alguna de que soporten el furor de la avalancha. El ámbito invita a descubrir y a descubrirse, a desafiar y a desafiarse, a probar y a probarse. Sin duda, el medio líquido no conoce interrupción alguna a su incontenible flujo. Este desconoce los controles y precedentes en el tiempo. No en vano no casan con el leitmotiv de sus usuarios relativos a qué es lo que se puede descubrir y hacer. Su reto es despojarse rápidamente del botín más preciado, escribir una página más del texto digital, reinventarlo al calor de sus usos y habilidades. De algún modo, su destino es renacer con cada uno de sus usuarios. Por ello su biografía sigue un curso desconocido e imprevisible. Anuncia un caminar errático carente de coordinación y previsión.

En este mismo sentido, el propio Castells afirma que la red tecnológica “es una cultura, en efecto, pero una cultura de lo efímero, una cultura de cada decisión estratégica, un mosaico de experiencias e intereses, más que una carta de derechos y obligaciones. Es una *cultura multifacética y virtual*, como las experiencias visuales creadas por los ordenadores en el ciberespacio mediante el reordenamiento de la realidad. No es una fantasía, sino una fuerza material, porque informa las decisiones económicas –y las hace cumplir– en todo momento de la vida de la red. Pero no dura mucho: pasa a la memoria del ordenador como materia prima de éxitos y fracasos pasados. La empresa red aprende a vivir dentro de esta cultura virtual. Todo intento de cristalizar la posición en la red como código cultural en un tiempo y espacio particulares sentencia a la última a la obsolescencia, ya que se vuelve demasiado rígida para la geometría variable que requiere el informacionalismo”⁴.

2. EL FONDO IMAGINARIO DE LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

A pesar de que la tecnología imprime un sello inconfundible a los procesos de conocimiento de nuestras sociedades, para una mejor comprensión de los mismos convendría no olvidar que forman parte de un dibujo social creado por la propia sociedad. Como recuerda E. Cassirer, la condición

³ CASTELLS, M., *La era de la información (Vol.1: La sociedad red)*, Madrid, Alianza Universidad, 2000, p. 62.

⁴ *Ibid.*, pp. 253-4.

humana se sitúa en la experiencia conformándola y animándola *simbólicamente*. El hombre es, en especial, *un animal simbólico* que, lo sepa o no, habita un mundo al que transforma, verbaliza y organiza a través de símbolos. La contundencia del instrumental virtual compuesto de teclas, pantallas, cables, sistemas informáticos, redes interconectadas, etc., conforma la sociedad del conocimiento y la liquidez que desprende su dispositivo digital. Se trata de un modo de convivencia que reduce la indeterminación inherente a la sociedad, una forma de decir, expresar y narrar la experiencia del hombre en el mundo. La sociedad del conocimiento supone una inédita manera de sintetizar los elementos de la experiencia bajo una nueva idea de orden. Aporta una nueva simbolización con la que pone nombre y designa las cosas. Su proceso formativo surge de la actividad inagotable de la imaginación a la que aboca la connatural apertura al mundo de la criatura humana. Entre su experiencia y el mundo, antepone metáforas e imágenes, edifica el sentido y transforma la indeterminación en determinación.

La sociedad del conocimiento, como toda sociedad, nace, en expresión de Cornelius Castoriadis⁵, del *magma* de lo imaginario, de *lo sin fondo* previo y anterior a la representación de la experiencia. En ese abismo no existen esquemas lógicos ni realidades determinadas ni relaciones causales. Lo que hay no es otra cosa que la plétora semántica de las imágenes simbólicas con las que las sociedades narran su experiencia y dan forma a su indeterminación originaria. La propia metáfora de “modernidad líquida” ya constituye un principio de orden por el que se define y se discrimina un modo de convivencia social. Previo y antes que el nombre, rige la capacidad de nombrar, la capacidad de reordenar y combinar los elementos del mundo a la luz de una imagen rectora. La realidad, cualquier realidad social, existe porque previamente ha sido imaginada a partir de la actividad de la remisión con la que las palabras liberan significaciones y evocan significados sin las correspondencias cerradas existentes en los códigos lingüísticos. Se trata de la actividad creativa con la que las sociedades fundan la institución poniendo nombre a las cosas.

En este sentido, la sociedad del conocimiento es producto de lo imaginario. Sus imágenes, que parecen imaginar la experiencia en lugar de los actores, sustrayéndoles su creatividad congénita, no están ahí por generación espontánea ni responden a cualquier tipo de azar. Nacen producto de un sueño que convierte a la comunicación tecnológica en una propuesta global de entendimiento y bienestar humanos. Las imágenes y su componente tecnológico cargado de brillo han sido imaginados, surgen como proyección social con la que se dibuja un nuevo modelo de convivencia aferrado a la tecnología como nueva utopía y experiencia de redención global.

Al decir de uno de los especialistas más avezados en el soporte imaginario de la sociedad, D. Cabrera, “desde lo imaginario, las “nuevas tecnologías”

⁵ CASTORIADIS, C., *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1989.

aparecen aunadas y armonizadas como materialidad coherente, pensable, visible y enunciable. Lo que se piense, vea o diga, de y desde ellas, es esperable y 'normal', es decir, natural, obvio y evidente"⁶. Si bien el producto creado tapa el proceso creativo del que es expresión, éste constituye la matriz que le da la vida y le convierte en un producto *contingente y frágil*. Su estructura discursiva y argumentativa, su disposición tecnológica y digital, su operatividad comunicativa e informacional vienen a la vida, *llegan a ser*, fruto de movimientos subterráneos en los que emerge un nuevo dibujo de la sociedad. La sofisticación tecnológica es contemporánea de una disposición creativa también presente en el totemismo, en el misticismo, en las ritualizaciones ancestrales, en la filosofía del progreso., etc. Todas estas simbolizaciones comparten el denominador común de la capacidad de encantamiento con la que las sociedades inventan y organizan de manera singular los elementos de la experiencia.

De nuevo en palabras de Daniel Cabrera, "las 'nuevas tecnologías' son heterogéneas en cuanto constituyen una *institución de lo imaginario social*. Es decir que, más allá de la actividad consciente y planificada de la institución, encuentran su fuente en lo imaginario social desde el cual se entreteje una nueva realidad económico-funcional, institucional y simbólica. La constitución de las 'nuevas tecnologías' supone la sociedad instituyente de la cual es significación instituida. Por eso hablo de una heterogeneidad 'interna' o 'radical', porque en ellas aparece la pertenencia al magma imaginario de la sociedad instituyente o imaginario social central. En este sentido, las tecnologías, en tanto instituidas, son obra materializada desde la creatividad histórico-social, y *son lo que son* porque condensan unas significaciones imaginarias centrales para esa sociedad"⁷.

La modernidad líquida, por tanto, incita a un cambio compulsivo en el curso de los acontecimientos. El elemento más seductor de la metáfora invita a los actores a una plácida adaptación a un universo anegado que en su incansable fluir depara sorpresas en aluvión. Pero, al mismo tiempo, la indeterminación que alberga un producto del imaginario social le convierte en una realidad social no totalmente acabada, abierta a las correcciones políticas, susceptible de replanteamientos y ajustes. De ese modo, hasta lo que más perdura en su diseño, es decir, sus principios rectores, pueden y deben ser sometidos a debate. Bajo la aparente circulación enloquecida y febril de los ritmos sociales, se detecta una solidificación que perdura y promueve la avalancha que la cubre. Sólo la experiencia política habilita al conjunto de los actores sociales para transformar *lo esotérico* de los recónditos principios rectores de la modernidad líquida en *lo exotérico* acerca de su verbalización crítica, diagnóstico y alteración institucional.

⁶ CABRERA, D. H., *Lo tecnológico y lo imaginario*, Buenos Aires, Biblos, 2006, p. 156.

⁷ *Ibid.*, pp. 159-160

3. LA INNOVACIÓN COMO EL NUEVO MITO DE LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Esta apoteosis de la liquidez que renueva nuestra experiencia y brinda un trato exploratorio con el mundo, ya no sólo se concentra en el nuevo sello de un conocimiento abocado a *aprender a aprender*. Al mismo tiempo, el ejercicio de búsqueda de nuevas aplicaciones en el mundo tecnológico propicia las condiciones para el surgimiento constante de novedad en el ámbito del mercado. Este, en el marco del capitalismo de consumo, invade y dirige ese ritmo vertiginoso de las nuevas tecnologías hasta el punto de que marca las pautas y la agenda de la economía productiva a través de la sobreestimulación continua y renovadora. El sistema productivo pasa ahora a depender de la generación de símbolos e iconos condenados a una muerte rápida. Se trata de generar las condiciones de un sobresalto constante como forma de vida donde las cosas y los objetos pasan por nuestras vidas sin dejar posos de identificación y narración duraderos condenados a morir tan pronto nacen. Los cuerpos y las biografías viven adaptados al curso de los acontecimientos tras incorporar a sus vidas grandes niveles de elasticidad que les permiten seguir abiertos a las sorpresas del gran bazar digital.

El reverso de esta situación lo constituye la imposición por parte del mercado de los objetos y zonas de investigación, estudio, análisis, o lo que hoy acredita la calidad y la excelencia, *la innovación*. Y con ello, el perfil predominante del conocimiento social descompensado hacia las urgencias procedentes de un sistema productivo que encanta, hechiza y seduce alterando y renovando sus productos, invitando a los actores a experiencias cargadas de intensidad. Los grandes peligros que habitan en las facultades y en centros de investigación de las ciencias sociales nacen del atractivo que irradia la metafísica de lo líquido en términos de promesa de espectáculo y diversión garantizados. La atención del conocimiento social se concentra en una de las partes del conjunto social, el mercado, que, con ser destacado, no es determinante para explicar todo lo que ocurre a los actores y al mundo en la convivencia global.

En buena medida, el protagonismo del capital privado en el dominio de conocimiento aportando grandes cantidades de recursos económicos en forma de proyectos de investigación con clara vocación de innovación y excelencia condiciona, en gran parte, el estado de las cosas. Hasta el punto de que amordaza a la educación sufragada por el erario público orientada a garantizar el acceso igualitario al bienestar y a la formación del conjunto de la ciudadanía. En un sentido o en otro, está teniendo lugar una privatización simulada que pervierte la dimensión esclarecedora del conocimiento social entendido como *servicio público* que vela por el progreso moral y técnico de la humanidad. Desde el momento en que las urgencias del conocimiento las impone el mundo del mercado con el sello rimbombante de la innovación, se produce un menoscabo de su función pública. En el horizonte del conocimiento no todo se investiga, no a todos se investiga, los temas se reparten de manera desigual la importancia académica, las necesidades sociales son

confundidas con las necesidades de la buena nueva de la innovación. Como dice atinadamente Joaquín Esteban, “la universidad, por su parte, y en este sentido, aporta la peculiaridad inercial y unidireccional de tener que responder a la parcialidad de las demandas sociales, en este caso tan marcadas por la profesionalización, la financiación y la proyección económica de la cultura de la información y el conocimiento”⁸.

Una vez más, las cosas siguen automatismos inexorables, una vez más las cosas ocurren como si no hubiera nada ni nadie detrás de ellas, una vez más la sociedad se pliega a una lógica que embiste en las biografías de sus actores sin capacidad de respuesta por su parte. Estos se incrustan problemáticamente en un entorno productivo en el que no hay garantía de que perduren y se asienten. Las habilidades, destrezas y competencias adquiridas a lo largo y ancho de su proceso formativo pueden ser absorbidas por las necesidades del mercado durante un tiempo determinado (o, tal vez, con carácter permanente) pero siempre a sabiendas de que en esta órbita las cosas no paran de comenzar e iniciar recurrentemente. Mercancías, productos, ofertas, constituyen valores sólo por su capacidad de impacto, porque seducen y encantan. Pero una vez que ese efecto se diluye, la producción se encamina en otra dirección y obliga a los actores sociales a reorientar su agenda formativa y profesional. De esta forma, el propio aparato productivo aprovecha el tirón de la innovación como estímulo al consumo y como motivo para enviar el desempleo a actores cuyas destrezas aprendidas tiempo atrás se han quedado obsoletas.

En palabras de J. L Pardo, “en la ‘sociedad del conocimiento’ –que, como el lector puede suponer, es una invención mucho menos reciente que esta etiqueta que ahora lleva– el saber ve amenazado su rigor: en vez de ligarse ante todo, en su planteamiento y en su desarrollo, a la recién mencionada estructura de las ciencias y a sus concreciones académicas, así como a la necesidad de ilustración de una sociedad democrática, la investigación empieza a depender en mayor o menor medida de la obtención de financiación preferiblemente externa (externa al sector público, es decir, privada) y, en lugar de articularse de acuerdo con las áreas y disciplinas académicamente cristalizadas o con las necesidades públicas, adquiere la forma de una multitud heterogénea de *proyectos de investigación* vinculados a la demanda empresarial: una forma necesariamente flexible y difusa (es decir, carente de rigor científico, por no hablar de moral), porque la propia demanda empresarial depende de las variables del mercado (que nada sabe de estructuras académicas, exigencias teórico-experimentales o disciplinas especializadas, por no hablar de moral), al ritmo de cuyas urgencias y colapsos nacen y mueren (a veces con una rapidez vertiginosa) los desdichados ‘proyectos de investigación’, sometidos a las mutaciones dictadas desde el exterior y condenados a una caducidad acelerada, caducidad que comporta a menudo la disolución de los

⁸ ESTEBAN ORTEGA, J., *Universidades reflexivas: una perspectiva filosófica*, Barcelona, Laertes, 2005, p. 24.

equipos de investigación, cada vez más constituidos por personal contratado exclusivamente para cada proyecto”⁹.

Se trata de conocimiento que no garantiza visiones, figuras y claves de interpretación. Más aún, que no garantiza formación en el sentido de pensamiento elaborado, argumentado y basado en una gran capacidad de relación. A su través no se forjan espíritus ciudadanos atentos a la complejidad de las cosas y a las responsabilidades de unos y otros acerca de lo que ocurre. Muy al contrario, surgen mentalidades adaptativas a un entorno imprevisible movido por la arbitrariedad más absoluta. Los actores se limitan a absorber conocimiento, no del mundo, sino del mercado, no de la sociedad sino de una parte de la misma. Y ello sin preguntar por sus razones, sus causas y su sentido. Estas cuestiones pertenecen a otro tiempo, un tiempo que se nos está yendo con el flujo de lo líquido ya que tienen mucho de permanencia. Suponen un tipo de conocimiento que va a contracorriente porque se pregunta por algo solidificado (y no líquido), los principios estables sobre los que se asienta la convivencia.

Este conocimiento de un tiempo que se va remite al diagnóstico, al análisis, al argumento. Apunta a procesos intelectuales que son *sólidos*, se detienen en las causas y razones (sociales) que están y permanecen detrás de las cosas. No se acomodan ni se pliegan a la avalancha que todo lo licúa y que hace casi imperceptible la frontera que separa lo verosímil y lo inverosímil. Aparecen en este escenario de entes ligeros y leves como sólidos que no cursan con el ritmo de la época. Son extraños. De algún modo, son *intempestivos*, en un tiempo que socava vertiginosamente todo aquello que quiere durar. El conocimiento de las causas parecía ser una pieza de museo que conviene hacerlo reposar definitivamente como un cuerpo sin vida. Su pecado no es otro que el marcar límites, establecer fronteras, localizar identidades, violentar la avalancha anónima de la liquidez. En definitiva, proponer de nuevo *la identificación* de actores y cosas, las responsabilidades y procesos donde parece regir lo innominado, el silencio y la ausencia.

Y en cambio, lo curioso es que esta tarea de rastrear en lo abisal del océano para encontrar esas identificaciones tiene el objetivo opuesto al que le atribuye la liquidez imperante: el cambio desde dentro y la exploración política. No en vano, y esta es la clave, la liquidez, de puro brillar con tanto foco de exploración innovador, *puede estar pensando en perdurar*, es decir, *de hacer lo contrario a lo que dice*; en definitiva, puede revelarse como nueva forma de poder que aspira a cronificarse en el tiempo. Y para ello no hay mejor estrategia que edificar mentalidades unidimensionales, atemorizadas, angustiadas bajo la nueva dictadura de *lo provisional*.

Al confundir su alcance y su cometido con las claves del aprendizaje digital, el conocimiento social se centra en el aspecto productivo del mercado y

⁹ PARDO, J. L., “El conocimiento líquido”, en *Claves de razón práctica* 186 (2008) 5-6.

se ensimisma con el dinamismo continuado en su funcionamiento. Con ello el conocimiento se convierte, en términos marxistas, en apéndice, no de la máquina, sino de la red. Mientras tanto, el brillo del mundo digital, la sofisticación de sus lenguajes y expresiones y la potencia de su incorporación social transforma en inexorable lo que es producto de la acción humana y de la imaginación social. Desde el momento en que el conocimiento social abandona la idea de contribuir al bienestar social desvelando las relaciones, los intereses, los actores y los procesos sociales que han hecho posible el estado de las cosas, la sociedad del conocimiento se convierte en un ídolo o en un mito. No se trata de destruir, eliminar o prescindir de un nuevo instrumento de comunicación social. Muy al contrario, de conocerlo mejor, de hacer transparente sus principios rectores para ponerlo al servicio de juicios libres y congruentes de los individuos.

Sin embargo, desde el momento en que el conocimiento se reduce a un entorno privado y ajeno a cualquier tipo de control público y político pone en evidencia su deseo de perdurar: como poder. Hay algo en la metáfora de lo líquido que remite a resistencias, cristalizaciones y fosilizaciones. Se trata del anhelo de que todo cambie para que en el fondo todo siga igual. Los principios rectores del modelo globalizado digitalizado no sufren las alteraciones de la innovación. Y ello hasta el punto de que *la innovación no lo innova todo: no innova lo que hace de la innovación motor económico y causa de la desigualdad y desprotección de un amplísimo sector de la sociedad global*. El brillo de la metáfora de lo líquido acaba cegando la mirada y las condiciones de su funcionamiento pasan desapercibidas a los ojos de un conocimiento social anestesiado de tanta luminosidad.

El conocimiento social ha perdido su dimensión comprensiva acerca de *lo que hace socialmente posible una determinada institución o la propia institución social (Castoriadis)*. Lejos de educar a los actores en lo que respecta a sus principios y funcionamiento, oculta información al dominio público, merma la formación y la educación de los ciudadanos al convertir el conocimiento en un instrumento de adaptación al sistema productivo y en un valor volátil, impide un trato crítico con el diseño de la sociedad en la que vive. A esta idea remite Bauman bajo a expresión “empoderamiento” cuando afirma que “según el consenso generalizado, el ‘empoderamiento’ (término e uso habitual en los debates actuales y perfectamente intercambiable con el de ‘capacitación’) se consigue cuando las personas adquieren la capacidad de controlar (o, cuando menos, de influir significativamente en) las fuerzas personales, políticas, económicas y sociales que, de otro modo, zarandearían continuamente su trayectoria vital: dicho de otro modo, estar ‘empoderado’ significa *capaz de elegir y de actuar de manera efectiva conforme a las elecciones realizadas*, lo que, a su vez, supone *la capacidad de influir en la amplitud de opciones disponibles y en los contextos sociales en los que se eligen y se materializan tales opciones*. Para

que el 'empoderamiento' sea de verdad, es necesario adquirir no sólo las habilidades exigidas para jugar a un juego diseñado por otros, sino también los *poderes* o las competencias que permite influir en los objetivos, las apuestas y las reglas del juego: es decir, no sólo las habilidades personales, sino también las competencias *sociales*¹⁰.

No es descartable que la liquidez reinante tenga un componente cosificador. Su potencial de transformación tiene límites e impedimentos en un medio donde parece no haberlos. Es más, ese potencial de continuar inicios y comienzos digitales, tecnológicos y al servicio de una minoría que se ha apropiado de lo virtual avasalla para que no se inicie nada nuevo. Y en sintonía con el pensamiento de H. Arendt, no se inicia nada nuevo desde el momento en que la experiencia política no ocupa el centro de una vida social fragmentada en biografías rotas e inconexas y ajenas a las cuestiones comunes y compartidas en "la aldea global". En ausencia de debate y discusión pública, en ausencia de investigación y análisis social y sociológico acerca de los principios rectores de la innovación, el dibujo de la sociedad no cambia. Por tanto, algo oculta la metáfora de lo líquido.

4. CONOCER EL CONOCIMIENTO

Más que nunca, y en favor de un bien público que clama por la transparencia, el juicio libre y argumentado, la libertad y el desarrollo personal del individuo, conviene conocer estirando la mirada más allá de las urgencias del mercado. Conviene *conocer el conocimiento*, investigar a contracorriente a la innovación, si acaso, en nombre de la reconstrucción de los procesos y actores tapados que manejan esa noble expresión para consolidar su posición destacada. *Conocer el conocimiento* contraviene el paso que marca la época. Más que innovar, se trataría de reconstruir, rebobinar la cinta registradora de los procesos históricos, políticos y económicos para así abrir el horizonte de intervención social en un medio gestionado por fuerzas desconocidas.

El concepto propio de las ciencias sociales, aunque estoy pensando básicamente en la sociología, no encuentra acomodo ni sintonía en el carnaval de productos, mercancías y máscaras que se suceden sin otro criterio que la sucesión misma. No está llamado a ejercicios de transformismo condescendientes con la tiranía de nuestro tiempo, *una aceleración*¹¹ en la que brotan nuevas formas de poder. Su tiempo interno no es el de la urgencia, el accidente o el cataclismo cotidiano. Sin dejar de seguir la pista de lo que ocurre a cada momento, su mirada tiene más de orgánica que de dinámica, de histórica que de natural, de crítica que descriptiva. Más que sintonizar con la liquidez que todo lo baña, se pregunta por *sus condiciones sociales de posibilidad*.

¹⁰ BAUMAN, Z., *Vida líquida*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 165.

¹¹ BERIAIN, J., *Aceleración y tiranía del presente*, Barcelona, Anthropos, 2008.

A este respecto es oportuno recordar cómo la sociología nace con y en la modernidad con el objetivo de fortalecer la democracia atendiendo en sus estudios a *la cuestión social*. Según F. Alvarez-Uría y J. Varela, “el problema de la naturaleza de las relaciones que se tejen entre sociología y democracia no es sencillo, pero en todo caso existe un nexo de unión entre democracia y sociología que debe ser objetivado en los dos sentidos, es decir, la sociología surge como un saber científico que en una sociedad democrática responde a la demanda social, pero es también un conocimiento contrastado de la vida social que puede y debe servir como punto de apoyo, y como estímulo, para el desarrollo de los valores democráticos en la práctica institucional. El problema es que entre la sociología y la democracia se encuentra la lógica capitalista del beneficio individual, es decir, la cuestión social, la cuestión de si es posible la existencia de una sociedad integrada en el marco de una sociedad de mercado”¹².

Se trata de recordar que el cableado tecnológico global es producto, como sentencia Nietzsche, de la fantasía humana, hijo de la proyección metafórica con la que la condición humana sutura e hilvana el caos en el que vive. La sociedad de la liquidez también ha sido inventada, imaginada, creada. Pero para perdurar hace como que no, que es lo mismo que decir que se autoconoce como si fuera *naturaleza*. Oculta sus ilusiones fundadoras, sus presupuestos inauguradores, sus intereses rectores. Como afirma Patxi Lanceros de manera muy acertada, “la dimisión o la traición del así llamado conocimiento en la así llamada sociedad que lo pretende en exclusiva consiste en que el conocimiento no conoce: nada sabe de verdad, ni de justicia, poco de belleza; nada sabe de las consecuencias –evidentemente no deseadas– de sus ‘jugadas’; nada de la posible irreversibilidad de los procesos que solicita o que permite. Y nada deja saber al respecto del funcionamiento de la sociedad, e incluso de los elementos y procesos que facilitan ese funcionamiento”¹³.

No, el conocimiento social no opera en las condiciones adecuadas si su tarea se desarrolla en la liquidez, que más que mirar hacia delante, no tiene capacidad de mirada y análisis, sencillamente arrastra y avasalla. En ella comparece callado, sometido y servil atendiendo a la parte en detrimento del todo relacional. Sin embargo, su suelo natural es *la contingencia*, ese abismo que rompe la continuidad de los procesos supuestamente naturales del curso histórico de la sociedad, que anuncia fisuras, quiebras y hondones en lo compacto de cualquier dibujo social. A su través no se atisba un mero dinamismo ciego, antes bien, *capacidad de trascender lo dado*. La contingencia remite, como afirma Niklas Luhmann, a la idea de *lo posible y lo no-necesario*, en definitiva, a la idea de proceso abierto e indeterminado al que se le puede (y debe) canalizar y catalizar políticamente.

¹² ALVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J., *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid, Morata, 2004, p. 18.

¹³ LANCEROS, P., “Epílogo sobre conocimiento y justicia”, en A. ORTIZ-OSÉS (ed.), *El sentido de la existencia*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2007, p. 53.

5. EPILOGO

La sociedad del conocimiento no constituye una nueva forma cuasi-divina que cursa con autonomía y a espaldas de la sociedad. No es un destino que atrofia la capacidad de los actores de diagnosticar y decidir cooperativamente acerca de lo que ocurre en el mundo. Aunque desde el lado seductor de la metáfora nada ni nadie puede detener ni pronosticar el discurrir del flujo, la dimensión crítica de la sociología incide en el trasfondo detenido y perdurable desde el que se diseña, prepara y organiza el caos que nos circunda. El poder hoy ya no pretende acumular riqueza y exhibirla, antes bien, pretende huir y escapar sin dejar huella, diluyéndose por lo digital, evaporándose por lo virtual. Pero, sin duda, habiendo sociología sigue abierta la posibilidad no sólo de describir el flujo sino también de atender a sus principios: *que perduran tras él.*